

# LIBROS Y LIBREROS EN LA ANTIGÜEDAD



Alfonso Reyes

LIBROS Y LIBREROS  
EN LA ANTIGÜEDAD

Prólogo de  
Juan Malpartida

**fórcola**

## **Singladuras**

Director de la colección: Francisco Javier Jiménez

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

© FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, 1979

© Del Prólogo, Juan Malpartida, 2011

© Fórcola Ediciones, 2011

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

[www.forcolaediciones.com](http://www.forcolaediciones.com)

Depósito legal: M-914-2011

ISBN: 978-84-15174-07-3

Imprime: Elece Industria Gráfica, S. L.

Encuadernación: Moen, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

Prólogo de Juan Malpartida ..... 7  
*Alfonso Reyes y los libros*

**Libros y libreros en la  
Antigüedad**

Testimonios literarios y descubrimientos  
de papiros ..... 17  
Rollo de papiro y códices de pergamino ..... 19  
Comercio del libro entre los griegos ..... 33  
Editores romanos ..... 43  
Las librerías en Atenas y en Roma ..... 61  
Las antiguas bibliotecas y los antiguos  
bibliófilos ..... 65



PRÓLOGO  
Alfonso Reyes y los libros

*Juan Malpartida*

ESCRIBIR, editar, conservar y leer son cuatro procesos relacionados con una sola experiencia compleja: la de la transmisión de la cultura, sea ésta la vuelta a casa de Odiseo, un tratado de geometría o una sátira teatral. Somos transmisores, afirmó en un bello poema D. H. Lawrence. También: receptores. Una biblioteca es un conjunto pequeño o inmenso de datos, de cifras, de signos que aguardan ser descifrados, incorporados, mantenidos vivos gracias a la lectura. Por la lectura –pero no únicamente por ella– sobrevive la doble naturaleza de los seres humanos. No necesitamos leer ni escribir para reproducirnos, pero sin esa acción de garabatear unos signos, de pronunciarlos, apenas seríamos lo que somos. La escritura/lectura, a pesar de que a veces nos parezca una tarea extraña, es, en el fondo, producto de la evolución. Es cierto que los genes sólo nos acompañan hasta el umbral de las palabras y que el lenguaje mismo se sostiene en una red social; pero también lo es que el desarrollo verbal influye en el cerebro. Un libro, una biblioteca, es una respuesta a la incertidumbre: es un orden que incorpora lo azaroso, lo

indeterminado. Quien lee sigue unas reglas, pero la lectura en sí misma conlleva siempre una variación, una diferencia. Sólo lee un individuo, siempre es una sola persona la que está leyendo, aunque se haga en grupo, aunque se oiga una sola voz (la del texto, silencioso o sonoro), y esa individualidad, además de tener la posibilidad de experimentar modificación en una u otra medida, modifica también lo leído. Incluso si se trata de una fórmula matemática; porque una sola y sencilla fórmula puede desarrollarse de maneras muy diversas. Así que una biblioteca, lejos de ser una realidad apartada es, por el contrario, una entidad profundamente relacionada con la vida.

No es de extrañar que desde los comienzos de la escritura se haya tratado de conservarla y transmitirla, a veces con temor, relacionando esos papiros, tablillas o huesos con lo sagrado e iniciático: la cultura siempre ha tenido algo o mucho de culto. El poeta y erudito Alfonso Reyes (Monterrey, 1889-Ciudad de México, 1959) desarrolló a lo largo de su vida una obra de dimensiones enciclopédicas. Gran lector y coleccionista, también conformó una biblioteca personal notable, denominada con humor por Enrique Díez-Canedo y por Toussaint «Capilla Alfonsina», hoy Casa Museo Alfonso Reyes. Reyes escribió poesía, teatro, cuento, narración, memoria, retratos, pero el grueso de su obra está conformada por miles de páginas dedicadas a la literatura y la vida literaria, a la filología, al mundo clásico, griego y latino (del que fue un memorable traductor y

estudioso); por estudios de las literaturas europeas y americanas, de la historia al fragmento, del panorama de esta o aquella disciplina o aspecto cultural al detalle o la anécdota. México ocupa muchas de sus páginas, pero es un México inserto en un diálogo que lo trasciende. Acumulaciones, escolios, resúmenes y exploraciones, es cierto, pero también búsqueda de unidad, de ritmos a través de lo diverso. Los veintitrés tomos de sus *Obras Completas*, a los que hay que sumar varios de correspondencia, han sido descritos de muchas maneras, con mayor o menor felicidad o entusiasmo, pero todas estas descripciones coinciden en la excepcional calidad de su prosa, admirada por Borges y Bioy Casares, por Octavio Paz, Alejandro Rossi, Vargas Llosa y George Steiner, entre muchos otros escritores. Una prosa creativa y moderna, pero una prosa rica en contenidos que sigue en buena medida alimentando nuestras reflexiones y nuestra imaginación.

El vínculo de Alfonso Reyes con España fue profundo. Tras el asesinato de su padre, el general Bernardo Reyes, en 1913, en la toma del Palacio Nacional, y tras la llegada de Victoriano Huerta a la presidencia de la República, Reyes sale del país con su mujer y su hijo rumbo a París. Estancia corta porque el estallido de la Primera Guerra Mundial le conduce a España, donde vivió hasta 1924, fecha en la que vuelve a París. Fue un periodo de gran vivacidad y de muchas horas de estudio. Su vínculo con intelectuales y escritores fue amplio y fecundo,

con nombres como Ortega y Gasset, Enrique Díez-Canedo, el historiador cubano y diplomático José María Chacón y Calvo, el dominicano Pedro Henríquez Ureña, Pedro Salinas, Américo Castro, José Moreno Villa, Azorín, Manuel Azaña... El Ateneo de Madrid fue quizá el centro más importante de encuentros, pero también las azarosas tertulias y la calle, dejando una hermosa semblanza en *Cartones de Madrid*. Además de Madrid y París, la vida diplomática lo llevó a Buenos Aires y Río de Janeiro, antes de establecerse de manera definitiva en México, donde fue maestro (de la erudición al humor) de tantos. Fue un mexicano atípico.

La obra de Reyes está sostenida por el estilo, pero no se puede decir que sólo sea por esto. Es cierto que una parte de su tarea como escritor estuvo dirigida a actualizar la cultura mexicana, y de paso la nuestra, y, quizá sin pretenderlo, colaborar de manera decisiva a cambiar nuestra lengua («renovar la prosa castellana», según Borges). Pero también fue un pulcro y lúcido lector de Góngora y de Mallarmé, un filólogo riguroso a la hora de editar *Mío Cid* y un lector inteligente cuando penetra en las luces y sombras de experiencias centrales, como la libertad. Se ha hablado de Montaigne o de Menéndez Pelayo a la hora de buscarle pares. Hijo de un momento violento de la historia de México (y del mundo), fue todo lo contrario: un conciliador. Puso una sonrisa allí donde otros exhiben la negación o la incuria. Tuvo simpatías y diferencias, sin duda, pero su mundo —a

veces regido por el tono olímpico de la diplomacia— estuvo signado por la afirmación, por la búsqueda, un poco neoclásica, de lo bueno y lo bello. No fue el Montaigne de nuestras letras porque el gran escritor francés fue en realidad el autor de una obra, los *Ensayos*, cuya materia fue él mismo, entendiendo que esta radicalidad no es restrictiva, porque está sostenida por una noción analógica: un hombre es todos los hombres. Montaigne hizo de la confesión y de la observación de lo minucioso una filosofía, y Reyes fue escasamente confesional, además de que su obra es la de un intelectual erudito fascinado por los más variados conocimientos humanísticos. Tuvo la superstición de la erudición, de la ficha, de la nota al pie, de lo que particulariza, pero quizá no, o no suficientemente, la actitud del filósofo y del científico, que contemplan lo esencial, lo común. Tal vez hay que decir que no dejó de ver en lo particular un acento de algo mayor. En cuanto a Menéndez Pelayo, comparte con él su enciclopedismo y también dos rasgos conformadores de su mente: la capacidad de trabajo y una inmensa memoria. Los distingue, al menos, esto: Reyes no tuvo una religión (y una ideología) que defender, señalando herejes y disidencias desde los orígenes al presente, como hizo el polígrafo santanderino. Octavio Paz lo dijo en un bello ensayo de 1960: «Si no fue perseguido, tampoco persiguió a nadie». Como señaló Adolfo Castañón, Alfonso Reyes fue un líder cultural, pero no ideológico. Fue también un escritor generoso y posibilitó la edición

de obras importantes, que sin duda admiró aunque no estuviera del todo con su espíritu, como *El laberinto de la soledad* o *El arco y la lira*, de Octavio Paz. Líder cultural, no marcó los rumbos de la poesía, el pensamiento o la ficción. Sin embargo, en Hispanoamérica y sobre todo en México, esa inmensa biblioteca que es su obra ha sido visitada (y a veces saqueada) por generaciones sucesivas de escritores. Incluso en los más escépticos, entre aquellos que importan, ha dejado una huella importante en la consecución de su escritura, ha modificado sus maneras de escribir, lo que significa que ayudó a dotarlos de un instrumento sin el cual la realidad de sus obras sería –dado que hablamos de un aprendizaje de una cualidad– más pobre.

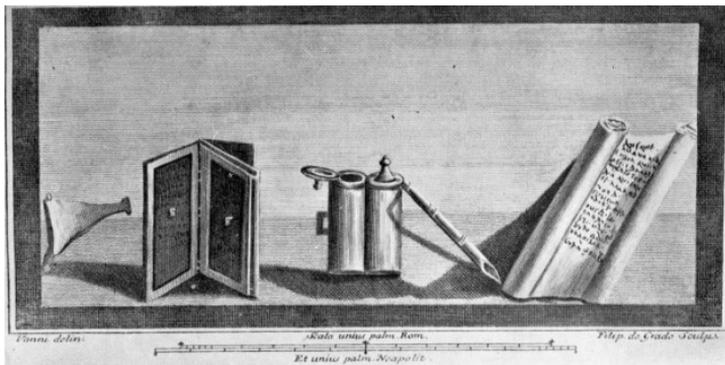
Alfonso Reyes escribió diversos textos sobre la suerte de los libros en la cultura. *Libros y libreros en la Antigüedad* no es del todo una obra de Reyes sino una refundición partiendo del libro de Pinner *The Word of Books in Classical Antiquity* (1948). Condensó y amplió dicho texto y lo publicó dentro de su Archivo (para uso privado y de los *happy few*) en 1955 y, posteriormente, recogido en el volumen XX (1979) de sus *Obras Completas* a cargo de Ernesto Mejía Sánchez. Pertenece a un periodo en el que Reyes se dedicó de manera intensiva al mundo clásico griego y latino. Es curiosa su humildad: nunca se consideró un helenista, pero sólo citando algunos de sus títulos podemos vislumbrar las dimensiones de su aportación: *Religión griega* y *Mitología grie-*

ga (vol. XVI), *Los héroes. Junta de sombras* (vol. XVII), los *Estudios helénicos* (vol. XVIII) y la traducción en alejandrinos, con introducción y notas, de nueve cantos de *La Ilíada*.

Este pequeño libro es una magnífica introducción, no exenta de erudición a pesar de su brevedad, a la arqueología del libro y las bibliotecas, privadas y públicas, desde los papiros, cuyo material se importaba de Egipto, a la vitela, en la que se comenzó a copiar en el siglo IV todos los textos de la Antigüedad. Juvenal ya había vaticinado que el papiro tenía los días contados. Aquí seguiremos el paso de la manufactura griega a la latina, las condiciones de su difusión y acumulación, el inicio de los libreros (que eran los mismos editores), quienes anunciaban sus rollos a la entrada de sus tiendas, igual que hacemos nosotros en los folletos, con un breve fragmento o sinopsis de la obra; del precio de las obras y su comercio, el prestigio que suponía tener una biblioteca, y el nacimiento de las primeras bibliotecas públicas. Plinio dijo algo realmente hermoso y cierto al respecto: «A no ser por los libros, la cultura humana sería tan efímera como lo es el hombre». Gracias a los libros la vida continúa fuera de nosotros y se prolonga en los tiempos inmediatos y futuros. También, ya lo hemos señalado al comienzo, es la forma más privilegiada de afirmar y ahondar en nuestra naturaleza, hecha, en lo que nos define como especie, de saber. No es casualidad que los libros hayan sido el objetivo de muchas destrucciones con el fin

de acabar con la memoria de algunos individuos o pueblos, destrucciones que siempre han tenido un origen religioso o ideológico. Se quemaron libros en China doscientos años antes de nuestra Era, de Protágoras a comienzos del siglo v; en Florencia, en el siglo xv, en la llamada «Hoguera de las vanidades», se quemaron numerosas obras en nombre de la ortodoxia, y asimismo se quemaron, a manos de la Inquisición, manuscritos mayas por el franciscano Diego de Landa; recordemos la quema de libros de caballerías en el capítulo V de *El Quijote* (es decir: dentro de un libro) y las tristemente famosas hogueras de libros en las calles de Berlín el 10 de enero de 1933 y durante toda la Segunda Guerra Mundial. Más cerca de nuestros días, Pinochet, al comienzo de su golpe de Estado en Chile (1973), mandó quemar numerosos libros de tema político, junto con otros muchos que les sonaban a peligro a sus huéspedes. Ray Bradbury hizo de la quema de libros y su opuesto, la memorización de ellos, un bello libro: *Fahrenheit 451*. Bien, la obra de Alfonso Reyes es un símbolo de lo contrario: exaltación y cultivo de la memoria, del pasado y del presente, de la diversidad reunida en la preciosa complejidad de sus muchas páginas, cuya puerta, para quien no lo haya descubierto aún, puede ser esta pequeña obra sobre libros, librerías y bibliotecas del Mundo Antiguo.

**LIBROS Y LIBREROS EN LA  
ANTIGÜEDAD**



Materiales escriptorios de una pintura mural de Herculano, anteriores al 79 d. C. De izquierda a derecha: raspador, tablillas, tintero doble sobre el que se apoya una pluma y un rollo desplegado en el centro y enrollado en los bordes (Nápoles, Museo Nacional).

## Testimonios literarios y descubrimientos de papiros

EL INFORMAR sobre lo obvio es superstición histórica o vicio de coleccionista entre los modernos. Los antiguos eran más sobrios. Apenas han dejado escasas noticias sobre lo que fue, en su tiempo, la fabricación y la circulación de los libros. Ni sospechan el interés del anticuario futuro, ni la importancia que habían de adquirir con los siglos las artes y las instituciones de la librería, apenas en embrión. Platón, Jenofonte, Aristóteles ¿cómo iban a suponer que buscaríamos en sus obras los vestigios para la reconstrucción de este capítulo perdido? ¿Cómo habían de suponerlo Cicerón, Horacio o Marcial? A las casuales informaciones de los clásicos añadamos tales páginas fortuitas de la más antigua Patrística o la más temprana Edad Media: el mosaico no se completa.

Pero una cosa es la institución de la librería y otra la apariencia de aquellos objetos que entonces equivalían a nuestros libros. Sobre ellos nos ilustran, indirectamente, las artes –estatuas, relieves, vasos y murales–, y directamente, los millares de copias que aún conservamos, aunque sea en estado de ruinas. Tales los papiros que tanta luz han venido a dar sobre ciertas zonas de la literatura griega.